

PARA HACER MEMORIA

La UNESCO cuenta con un valioso acervo editorial que incluye trabajos dedicados al universo de la memoria y la tradición oral, que merecieran ser mejor conocidos en la región, lo que trataremos de lograr mediante ésta sección. Con este fin reproducimos el artículo *Paraguay, una isla rodeada de tierra*, escrita para *El Correo de la UNESCO*, por el novelista Augusto Roa Bastos (agosto 1977); y el comentario del Dr. José Antonio Portuondo al libro *Memoria de América en la poesía*, publicado por Ediciones UNESCO en 1992, con motivo del Quinto Centenario del Encuentro de Dos Mundos.



Paraguay Isla rodeada de tierra

Augusto Roa Bastos

En un pequeño ensayo publicado hace muchos años escribí que en el panorama general de la cultura hispanoamericana el Paraguay ha sido siempre una tierra poco menos que desconocida: *una isla rodeada de tierra* en el corazón del continente. En aquel estudio llamaba la atención sobre el hecho de que los indagadores de la cultura de nuestra América no se habían esforzado mucho en desentrañar las causas que hacen de la cultura paraguaya una *terra incognita*, vedada al parecer por misteriosos motivos a la exploración y al análisis.

Ocurre, sin embargo, que el Paraguay como nación y como pueblo es uno de los países que en América han sufrido la mayor carga de peripecias y vicisitudes. Su historia parecería, si no fuese objetivamente real, la fabulación de un dramático destino, de una tragedia ininterrumpida, con tramos de grandeza y plenitud, sin embargo, muy altos y significativos. Los principales hechos podrían resumirse como sigue:

Desde esta isla rodeada de tierra se desarrolló la expansión colonial en busca del alucinante, del huidizo mito de *Eldorado*.

En el tiempo de los comienzos la pequeña isla configuró la mayor posesión territorial que detentaba en una sola zona administrativa la dominación colonial. El Paraguay fue entonces la *Provincia Gigante de las Indias* que abarcaba casi medio continente, desde las tórridas selvas tropicales hasta

los hielos del extremo sur en la Tierra del Fuego. La Provincia Gigante tuvo su apogeo hacia finales del XVI. Cuando el espejismo del áureo metal se esfumó, solo les quedó a los conquistadores la enorme cantera humana de la población indígena, que les resultó al final una magra compensación. Comenzaron a explotar "el oro de sus cuerpos", ese metal oscuro, viviente, que en lugar de agotarse se propagaba sin cesar, proveyéndolos de mano de obra esclava en la economía de subsistencia agraria de las Encomiendas de Indios; de mujeres esclavas en los serrallos; de una descendencia mestiza, la de los que luego serían los *mancebos de la tierra* o criollos, los que a su vez iban a superar a sus padres blancos en la opresión de sus hermanastros nativos que no habían tenido el "privilegio" de ser hijos de europeos. Hacia fines del siglo XVI y comienzos del XVII, la inmensa nebulosa de la Provincia Gigante empezó a contraerse, a disgregarse. Perdió el mar. Inauguró su destino de isla rodeada de tierra, bajo los peores auspicios. Se convirtió en la provincia pobre que la administración metropolitana abandonó a su suerte.

Entretanto, en la provincia pobre había surgido el increíble experimento de las reducciones jesuíticas que con el nombre de *República de los guaraníes* y combinando la evangelización con la explotación material de la población originaria, instauró un imperio dentro de otro imperio: el imperio jesuítico que acabó enfrentando al de la Corona y desbordando sus intereses económicos con su famoso régimen de división y explotación colectivista del trabajo. En la provincia pobre del Paraguay aconteció también el primer movimiento insurreccional de carácter masivo contra el absolutismo metropolitano. Entre 1717 y 1735 estalló la revolución de los comuneros que, en cierto modo, era la continuación en América del levantamiento comunero de Castilla contra la dominación usurpadora de Carlos V. La revolución comunera en el Paraguay duró prácticamente hasta 1737.

En 1767, treinta años después de estos acontecimientos memorables, los jesuitas fueron expulsados por Carlos III, un monarca que vio ya claramente en el "imperio" instaurado por los hijos de Loyola no solo un bastión casi inexpugnable erguido contra la autoridad real, sino también un ejemplo peligroso para el régimen abusivo y compulsivo de la administración colonial. Primero, los jesuitas desarrollaron un sistema de organización espiritual y temporal más humano que el de las encomiendas; segundo, este sistema, el primero de su tipo en América, preservó la lengua y la cultura de los indígenas, al mismo tiempo que sus modos tradicionales de producción. No fue raro entonces que algún cronista hablase del "régimen comunista" establecido en las reducciones:

república-imperio comunista. La confusión semántica de estas denominaciones no desdibuja sin embargo la vigorosa realidad de aquel experimento que anticipó en casi un siglo la instauración de un estado autárquico, independiente y soberano en el Paraguay.

Este estado autárquico que comenzó a instaurarse bajo la dictadura vitalicia del Dr. José Gaspar Rodríguez de Francia (1816-1840) y alcanzó su auge durante los gobiernos de Carlos Antonio López y Francisco Solano López, su hijo, fue destruido y arrasado a sangre y fuego en 1870, a lo largo de la guerra de cinco años, llamada de la Triple Alianza, que la Argentina y el imperio del Brasil, arrastrando al Uruguay, desataron contra el Paraguay en 1865, en una confabulación secreta que contó con el patrocinio del imperio británico. Esta guerra de depredación y de conquista diezmó la población viril del Paraguay, lo sometió a las exacciones y a la continuada dependencia de los países vencedores. Este largo martirio de todo un pueblo, celoso de su independencia y soberanía, quebró la línea de su destino histórico y convirtió al Paraguay, que había sido el país más adelantado de América Latina, en uno de los más pobres y atrasados.

Sobre el fondo de este complejo entrelazamiento de los hechos capitales de su historia y su aislamiento geográfico deben ser situados los problemas de la cultura paraguaya. Solo de este modo pueden plantearse correctamente las tentativas de aproximación a su realidad material y cultural, a los enigmas de su destino como nación y, en consecuencia, al drama de su expresión.

Es aquí, en el plano de su expresión, donde aparecen primeramente las dificultades más agudas para la comprensión de la "incógnita paraguaya". Al aislamiento geográfico se superpone el aislamiento idiomático; al cerco de su mediterraneidad, el doble cerco bilingüe: la coexistencia, desde hace cuatro siglos, de dos idiomas, el castellano y el guaraní -la lengua del conquistador y la lengua del conquistado- que sirven paralelamente, aunque no complementariamente, como instrumentos de comunicación a toda una colectividad.

Este es un caso único en América Latina. No existe ningún otro país en el área hispanoparlante que ofrezca las mismas particularidades o parejas similitudes y analogías.

Durante mucho tiempo solo tuvo vigencia el tópico de que el Paraguay es un país bilingüe y de que este bilingüismo constituía para algunos una rémora en el camino de su progreso cultural y para otros su mayor riqueza.

"La denotación del fenómeno lingüístico en el Paraguay -escribe el padre Bartomeu Melía, máxima autoridad en esta materia- como una situación 'típica' de bilingüismo está muy generalizada y es aceptada incluso por los lingüistas que en

otras cuestiones no aceptarían sino los 'hechos de lengua' y los análisis objetivos. Ahora bien, el bilingüismo en el Paraguay es un mito (tomando mito en el sentido de fábula ideológica)." Y agrega: "Desde los días de la conquista y de la colonia el Paraguay ha aparecido como un caso único de bilingüismo. Dos lenguas, dos culturas han coexistido y han convivido, al parecer armoniosamente, modificándose y conformándose mutuamente... En este sentido, el Paraguay sería el triunfo del espíritu colonial, habiendo suprimido y superado el antagonismo de amo y esclavo, de dominante y dominado. Mas aún: 'hemos llegado al extremo de que la lengua del pueblo conquistado sea la que domine', se quejaba el gobernador Lázaro de Ribera a fines del siglo XVIII."

Es importante retener estos conceptos, sobre todo en función de lo dicho al comienzo en cuanto a la relación de la lengua dominante -la del conquistador- y la lengua dominada -el guaraní-. Esta situación conflictiva en el proceso del mestizaje enfrentó desde el comienzo un nivel de notorio desequilibrio y alteración sociolingüística: para el infante mestizo, es decir para el niño nacido de padre europeo y madre indígena, la lengua materna era naturalmente el guaraní y el castellano o español la lengua impuesta y asumida como signo de autoridad; lengua que a su vez iba a emplear el mestizo, criollo o mancebo de la tierra para imponer su propia autoridad sobre los naturales. En el duro régimen de las Encomiendas -menos riguroso sin embargo en el Paraguay que en otras partes de América conquistada y colonizada-, el mestizo y el indígena sintieron que la lengua del padre o del amo, según los casos, era precisamente el atributo de su dominación, tanto o más que los elementos materiales: las armas, las herramientas, los alimentos, las viviendas, las costumbres en que el poderío señoreaba.

"... a diferencia del documento escrito, la fuente oral envuelve todo el relato con su subjetividad; los informantes son historiadores y el historiador es parte de la fuente. Así *la historia oral cambia la forma de escribir, el narrador ya no es más un observador distante e imparcial*; sino uno de los personajes y la manera de contar la trama es ahora parte de la historia que está siendo contada."

Patricia Ponce Jiménez
Oralidad 4, p. 43

En las reducciones misioneras el indio escuchaba las predicaciones y rezaba en guaraní. No le cambiaron su lengua. Le cambiaron sus rituales, su liturgia, su Dios, sus dioses, su sentido de la naturaleza, del mundo, del universo, que resplandecen aún hoy, como un rescoldo inextinguible, en sus mitos cosmogónicos.

No ocurrió entonces lo que el gobernador Lázaro de Ribera comunicaba en su memorial, a la vez quejoso y alarmado: la lengua del pueblo conquistado no era, *no podía ser*, la lengua dominante. Se replegó en los hondones de la memoria colectiva; se depositó y catalizó allí como el sedimento originario que iba a dominar *desde adentro* la expresión emocional del paraguayo bilingüe o no bilingüe.

A este respecto precisa Meliá: "La sociedad colonial fue desde el principio oficialmente castellana; la lengua guaraní no entraba en la administración ni en la política oficial. El guaraní colonial carecía de sostén literario, cuando al mismo tiempo estaba en contacto con una lengua castellana que había entrado en un marcado proceso de literaturismo. Poco a poco iba apareciendo un guaraní paraguayo con todas las características de lengua vernácula: la lengua materna de un grupo dominado social o políticamente por otro que habla una lengua diferente." (Ver *Empleo de las lenguas vernáculas y la enseñanza*, UNESCO, París, 1954, p. 48.)

Esta oposición de los sistemas lingüísticos, uno aglutinante o polisintético en cierto modo, el guaraní, y otro de flexión, el castellano, que se interfieren y erosionan mutuamente en los niveles sintácticos, semánticos y pragmáticos, es lo que puede denominarse globalmente como bilingüismo. Pero quizás mas correcto sería hablar de *di-lingüismo*.

"El Paraguay es bilingüe, pero pocos paraguayos son bilingües -dice Meliá-; mas aún, tal vez nadie es realmente bilingüe en el Paraguay. El bilingüismo claramente social del Paraguay se puede caracterizar como *bilingüismo rural-urbano*. Porque, aunque es verdad que también en Asunción, la capital, se habla guaraní, es cada día más clara la tendencia que muestran las concentraciones urbanas hacia un monolingüismo español mientras en el campo la proporción de monolingües en guaraní alcanza un índice elevadísimo."

El uso del castellano o del guaraní está regido en el Paraguay por factores sociales y por factores regionales, porque está fundamentalmente dislocado en dos campos semánticos que difícilmente se sobreponen. Incluso el que se dice y se cree bilingüe no abordará nunca ciertos temas en la lengua indígena; sencillamente no puede porque el hecho social no se lo permite. Así, en realidad, el guaraní-parlante tiene una serie de campos que le son vedados, porque en ellos no puede hacer oír su voz; más aún, ni siquiera los piensa, al carecer del instrumento adecuado de la expresión lingüística.

En el caso particular del Paraguay, el problema del bilingüismo se ve agravado por el hecho de que en esta coexistencia varias veces secular, el guaraní -lengua oral por excelencia, dominada socialmente y marginada culturalmente- se va empobreciendo en su expresión lingüística "como una patria -escribe Meliá- a la que le han sacado inmensos territorios de expresión y va perdiendo su capacidad de autoafirmación cultural completa".

De cualquier modo y cualquiera que sea la suerte que le está reservada históricamente al guaraní, lo evidente es que ella está estrechamente ligada a la suerte, al destino histórico del país mismo. En igual medida que el castellano, quizás con intensidad mayor aún.

Relegado el guaraní a ser el instrumento de comunicación emocional de una colectividad, su fuerza consiste precisamente en que será él, el idioma originario, el que continuará modulando la palabra secreta, la palabra incesante de todo un pueblo desde lo hondo de sus sentimientos, que es como decir desde lo más vivo de su intersubjetividad social. Ligada a los misterios de la sangre, del instinto, de la memoria colectiva, la sobrevivencia del guaraní está asegurada por la densidad de ese limo lingüístico que es el sustrato primigenio de la isla bilingüe llamada Paraguay. ■

